

San Francisco de Sales. Ginebra y Roma

Ecumenismo del Santo Doctor

El Papa ha visitado Ginebra y su centro ecumenista en 1969. Esta visita de Pablo VI nos traslada a otros tiempos y a otras circunstancias muy diferentes, cuando la separación de Ginebra de la Iglesia Romana era reciente, y su sede episcopal se refugiaba en Annecy, conservando el nombre de Ginebra. Su más ilustre obispo, San Francisco de Sales, actuó eficazmente en pro de la Iglesia y de la unidad en tiempos difíciles. Se le ha presentado como el apóstol del amor y de la suavidad y, por ello, como modelo ecumenista. Creemos que la ocasión es especialmente propicia para tratar de presentar una semblanza suya desde este punto de vista, tratando de resumir su acción en pro del retorno a la unidad de los pueblos que le tocó evangelizar y guiar luego como pastor de las almas¹.

San Francisco de Sales, como misionero entre calvinistas dentro del primer siglo del Protestantismo, adquiere un relieve particular por una serie de motivos. Trabaja como joven sacerdote diocesano y preboste de su capítulo catedral, refugiado en Annecy, a poca distancia de Ginebra, mientras aún vivía el sucesor de Calvino, Teodoro Beza. Completa su labor como obispo de Ginebra, pero residente en Annecy. Un período relativamente agitado, en vías de calmarse. En contacto con Francia, especialmente con

¹ Nos sirve casi únicamente como guía en este empeño la conocida obra de Mons. François TROCHU: *Saint François de Sales. Evêque et prince de Genève, Fondateur de la Visitation de Sainte Marie, Docteur de l'Église* (1567-1622). D'après ses écrits, ses premiers historiens, et les deux procès inédites de sa canonisation». Librairie Catholique Emmanuel Vitte, Lyon-Paris 1946. Primer volumen: 695 págs.; segundo volumen, 783.

Hemos consultado otras obras, y los diccionarios o historias más generales, pero no aportan prácticamente nada que no esté en esta obra. Su autor ha publicado diversas biografías críticas, que han merecido general aceptación.

la de Enrique IV, el bearnés; con Italia, hacia donde se va extendiendo Saboya y donde se halla no demasiado lejos Roma; y con Suiza, representada en la ocasión por Ginebra y Berna, como sus dos puntales más fuertes y más «vecinos» para Sales.

LA SABOYA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Sales nació el 21 de agosto de 1567 en Thorens, pueblo a cuatro leguas de Annecy, donde existía el castillo de François de Boisy y de Françoise de Sionnaz (16 años al nacer Sales), sus padres.

Saboya vivía un tiempo de cambios políticos y religiosos. Además de los dos actuales departamentos franceses: Saboye y Haute Saboye, comprendía el actual departamento de Ain (el primero en la lista alfabética), el cantón suizo de Vaud (menos Lausana) y algo del de Valais. Además, una buena parte del Piamonte, sin Saluzzo ni Montferrato, Alessandria, etc. Se encontraba así a caballo entre los Alpes, y con una pequeña preponderancia del elemento francés sobre el italiano. Ginebra figuraba como ciudad del Imperio, con ciertos lazos con el Duque de Saboya.

Sales es totalmente de la parte francesa, por origen familiar y por los lugares de su actividad sacerdotal o episcopal, no menos que por sus obras literarias.

Dentro de Saboya, nos interesa especialmente la región del Chablais, capital Thonon, junto al lago de Ginebra, que en tiempo de Sales volvió a la religión católica en gran parte por su influjo directo. Se trata de una región montañosa, inclinada en dirección del lago de Lemán o de Ginebra, y dividida por el río Dranse en dos porciones desiguales. La oriental, con Évian, permaneció siempre católica con la ayuda del cantón católico de Valais. La occidental, entre el Dranse y Ginebra, cayó durante las guerras de religión bajo los hugonotes suizos y fue calvinizada más o menos intensamente. Sales se moverá constantemente entre Thonon y Annecy, con incursiones rápidas a Ginebra, al país de Gex (desde 1601 Francia); más tarde a Borgoña, patria de Santa Juana María Fremiot de Chantal, y París, desde que una parte de su diócesis pasa a Francia con Enrique IV (el depart. de Ain, con el país de Gex, que aún hoy engloba dentro de sí), ocupado en 1601 por el monarca francés, empujando a los de Saboya hacia los Alpes.

Todo ello es hoy centro de un turismo internacional de altos vuelos, invierno y verano. Las cimas más altas de los Alpes, varios de sus lagos más hermosos, ríos torrenciales o ya acalmados, como el Ródano, forman su osatura y aseguran las prosperidad actual de esta tierra privilegiada.

Sales se había formado primero en su casa paterna, donde alguna que otra vez pasaba también algún protestante. En cierta ocasión, un calvinista estaba de visita en casa. El pequeño Francisco estaba retenido lejos de la reunión. Pero se enteró de la calidad del visitante. No pudo tenerse quieto. Sin saber cómo manifestar su aversión, cogió un palo y se lanzó contra las gallinas que picoteaban en la huerta y las llevó debajo de la ventana del salón de reunión, gritando con todas sus fuerzas: «Fuera, fuera con los herejes» (*Sus, sus aux hérétiques*). Como tenía buena voz, se le oyó y «enfrió» un poco la reunión. Más tarde actuaría de otra forma, como lo veremos.

Estudió luego con tres de sus primos en La Roche, cerca de Thorens, y el colegio chapuysiano de Annecy (entonces 4.000 hab.). Va a París y estudia en el colegio de los Jesuitas, llamado «de Clermont» (por haberlo fundado Mons. Guillaume Duprat, obispo de Clermont), desde los 15 a los 19 años, la filosofía con algo de humanidades. Fue prefecto de la Congregación. Pasa a la teología asistiendo a la Sorbonna, y vuelve a Saboya a los 20 años. Se encamina a Padua, donde termina la teología. Le dirige espiritualmente el P. Antonio Possevino. Hace el doctorado. Visita Venecia y Loreto. Luego Roma, y vuelve a su patria sin recibir las órdenes sagradas. Después de diversas pruebas e incidentes se decide al sacerdocio y se ordena en 1593; 9 de junio, órdenes menores; el 12, subdiaconado; el 18 de septiembre recibe el diaconado, y el 18 de diciembre, el sacerdocio.

En este mismo tiempo había empezado a predicar, llamando la atención por las cualidades que pronto le harán célebre: claridad, benevolencia, unción religiosa, espíritu cristiano y eclesiástico en todo. Le habían nombrado preboste de la catedral hacía ya algún tiempo, pero este cargo no pudo desempeñarlo con la asiduidad que hubiera deseado, porque se le encargó casi desde el principio la predicación en el Chablais, que da en seguida una orientación especial a su vida.

EL CHABLAIS PROTESTANTE

Esta región, hoy católica como el resto de Saboya, conoció otros tiempos durante el s. XVI. Nos ayudará un poco, para caer en la cuenta de las vicisitudes de su duques, saber que uno de ellos, Manuel Filiberto, fue el que mandó las tropas españolas y auxiliares en la batalla de San Quintín, y que su presencia entre ellas se debía a esas vicisitudes, en las que se jugaban los destinos del Ducado, que andando el tiempo había de ser el núcleo de la unidad italiana en su forma piamontesa.

En las guerras entre Carlos V y Francisco I, el duque Carlos III fue aliado del emperador en 1535 y vio sus Estados invadidos y ocupados por el francés veinte años. La ocasión fue maravillosa para los «nacientes» protestantes suizos, y en 1536 berneses y ginebrinos se lanzaron contra los territorios del duque más a su alcance en Vaud, Gex, Ternier y el Chablais hasta el Dranse, que se echa en el lago de Lemán. En los territorios invadidos expulsaron a los sacerdotes católicos del país, devastaron las iglesias, destruyeron las cruces de los caminos e impusieron a la fuerza su Reforma, a pesar de las promesas en contrario que habían hecho.

Sólo en 1564, el duque Manuel Filiberto, reconocido como duque de Saboya en Cateau-Cambresis, consiguió firmar el tratado de Lausana, que le devolvía el Chablais. Según las leyes de la época, debía seguirse la restauración católica, pero de hecho se hizo muy poco y el calvinismo siguió imperando en el país, donde los pocos católicos vivían medio ocultos. Sales tenía tres años cuando se firmó el tratado de Lausana, y vivió aquel ambiente de guerra fría, caliente a veces, de los saboyanos contra los calvinistas del Estado, alentados por la vecindad de Ginebra y por los berneses instalados al otro lado del lago en el Vaud.

En 1594, cuando Sales va a ir allá como único sacerdote católico enviado por su obispo, la situación se presentaba idéntica. Una región de 12 leguas de largo por cinco de ancho era la correspondiente al Chablais calvinista desde la invasión de 1536. Al principio se prometió la libertad religiosa, por su actitud pacífica, pero luego se les negó y vino la persecución y la protestantización forzada. Entre la población adulta, muchos pasaban el Dranse para ir a oír misa; pero la generación joven creció sin sacerdotes ni culto católico y el calvinismo iba echando raíces. En 1589 hay otras invasiones bernesas, hasta que el hijo de Manuel Filiberto, Carlos Manuel el Grande, logra imponerse y se firma el 11 de octubre de 1589 el tratado de Nyon, restableciendo el culto católico en el Chablais, reservándose a los protestantes sólo tres puestos de culto con su pastor correspondiente. Se intentó colocar 50 sacerdotes católicos, pero en 1590 el duque retiró sus tropas del territorio fuera de pocos soldados, para enviarlos a la Provenza. Los calvinistas se aprovecharon del caso para tomar otra vez Thonon, Evian, etc. (febrero de 1591), y expulsar a los sacerdotes católicos. Dominan ahora otros dos años, hasta que el día de Santiago de 1593, con la abjuración de Enrique IV de Francia y la paz religiosa, pierden los protestantes su mejor apoyo. Se firma una tregua y el Chablais vuelve a pasar a Carlos Manuel, aunque la paz definitiva no vendrá sino después de la

de Vervins, entre Francia y España. Estos años serán precisamente los de la misión de Sales en el país.

Francisco de Sales se había manifestado como buen defensor de las doctrinas católicas desde su primer sermón del 24 de junio de 1593, acerca de la realidad del cuerpo de nuestro Salvador en la Eucaristía. Fue una refutación de las herejías. El obispo fue el más impresionado por el novel predicador. Pero resultó que había tres calvinistas de cierta importancia en el auditorio, para quienes fue aquel sermón el comienzo de la conversión.

En la ceremonia de instalación del preboste Sales en la catedral, poco después de Navidad del 93, tuvo otro sermón, en el que aparece clara su finalidad de combatir contra el protestantismo y conseguir recobrar para la Iglesia a Ginebra. Pero «por la caridad es como hay que echar abajo los muros de Ginebra, por la caridad hay que invadirla, por la caridad hay que conquistarla». «Yo no os propongo ni el hierro ni la pólvora, cuyo olor y sabor evocan el horno del infierno. Yo no organizo uno de esos campos donde los soldados no tienen ni fe ni piedad. Que nuestro campamento sea el de Dios, cuyas trompetas hacen oír en acentos llenos de dulzura «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos». Y más tarde: «lloremos ante el pensamiento de la Sion ginebrina, en otro tiempo tan gloriosa con los trofeos de Cristo, y hoy por los crímenes de nuestra época y de nuestros antepasados, yaciendo deshecha bajo la vergonzosa servidumbre de los herejes»².

Sin embargo, tiene esperanza de volver allá por las armas de la bondad y del espíritu. Desde sus comienzos, la elocuencia de Sales vibra ante la restauración católica total de su patria.

Se calculaban en el Chablais protestante 25.000 habitantes con 52 parroquias, donde sólo había unos 100 católicos de verdad. Y como la restauración de 1589-91, con sus 50 sacerdotes, había fracasado por las circunstancias, el obispo Mons. Claude de Granier se fijó ahora en su preboste para encargarle una operación espiritual de menos apariencias, que fuera preparando el terreno. A pesar de cierta oposición de su padre, Sales partió el 9 de septiembre de 1594, con cartas del duque y la bendición y poderes de su prelado, hacia Thonon. En los primeros meses no se hospedó en la ciudad, sino en el castillo de los Allinges, donde había una pequeña guarnición católica. Le acompañaba su primohermano Luis.

² TROCHU, o. c., vol. I, p. 274.

THONON

La campaña espiritual comienza propiamente el 16 de septiembre. Thonon tendría entonces unos 3.000 habitantes, de los que unos 15 católicos³. Los dos pioneros recorrieron varias calles, visitaron al procurador fiscal y reunieron a los pocos católicos. Estos comenzaron a ver que eran asistidos y se trataba de ir a una restauración más completa. Su ánimo se levanta oyendo al predicador. Este propone que a los dos días se celebre una reunión con predicación católica. Las dos iglesias están en manos de los calvinistas, y aunque una de ellas puedan utilizarla los católicos, no se atreven a ello. Los Sales dan cuenta de su plan al primer síndico, Fornier, calvinista, de reunirse en la iglesia de San Hipólito. Y así fue. Después del oficio protestante vino el católico, con su exigua comunidad y algunos curiosos que quisieron oír a los nuevos. Ellos venían como enviados de Cristo, los herejes no, fue uno de los temas tratados.

Y comienzan las contrariedades, los pequeños incidentes, a veces amenazas y hasta ataques (algún arcabuz no quiso disparar tres veces, a pesar del que lo manejaba, en el camino de Allinges a Thonon). Y poco a poco las conversiones. Y aumentan los oyentes, y se revuelve el Consistorio calvinista y el Municipio, que intentan medidas restrictivas. Y Sales que con la oración, el ejemplo, la penitencia se insinúa en las almas. Los calvinistas quieren juramentarse para no asistir a los sermones católicos. Entonces comienza Sales su predicación por medio de hojas volantes muy oportunas, directas, claras, que comienzan a divulgarse (enero 1595, a los cuatro meses de estar en el Chablais y a sus veintisiete años). Son sus «Controverses», que causaron sensación. Breves, claras, iban al blanco en seguida. Arguye al principio con la falta de misión de los herejes. Y deja la continuación para un número siguiente, consiguiendo mantener la atención.

Nunca manifiesta, con todo mal humor o cólera, sino celo de las almas. Y quisiera ver disposiciones parecidas en sus adversarios. «Sobre todo, señores de Thonon, os ruego que no dejéis entrar en vuestras almas otra pasión que la de Nuestro Salvador y Señor Jesucristo». No quiere decir esto que se produzca como un ecumenista de nuestros días, en plena batalla apologética. Califica, y a veces duramente, de mentiras las deformaciones doctrinales, las falsificaciones con que se presenta la doctrina de la Iglesia Romana, «la cual vosotros no habéis visto hasta ahora sino

³ Ibid., p. 320.

manchada, toda desfigurada y contrahecha por el enemigo»⁴. Ironiza con frecuencia.

Las Controversias, su primera obra, se distinguen «por la argumentación apretada del joven combatiente, que no piensa sino en la batalla... y en la victoria. Pasa por estas páginas, en efecto, una íntima alegría, que viene al autor del sentimiento de su fuerza, de su paz, del valor y de la trascendencia de su fe católica»⁵.

La obra tiene tres partes: 1) Preparar el terreno. Los protestantes usurpan el terreno. Sólo el catolicismo tiene, diríamos ahora, las notas distintivas de la Iglesia, y la misión de Cristo. 2) En la segunda se colocan los fundamentos doctrinales del catolicismo (Escritura, Tradición, Padres, Concilios, Papa, milagros, razón natural... 3) En la tercera van ejemplos particulares, una especie de cuestiones actuales: Sacramentos, purgatorio... En una de sus páginas llama al Papa «confirmador infalible» que produjo gran impresión en algunos Padres en el Vaticano I. En una edición de 1672 se habían cambiado esas palabras por la de «autoridad permanente», pero se pudieron mostrar en el Concilio las palabras autógrafas del Santo, conservadas en un manuscrito del palacio Chigi⁶.

A los cuatro meses hay otro cambio de método. Se instala en Thonon mismo. Hubo sus temores, dificultades. Los católicos se alegraron, los calvinistas temieron más, pero al principio iba a decir misa fuera del pueblo. Y comenzaron los sermones de cuaresma. Era escarnecido en las calles, burlado por los chiquillos, amenazado con echarle al lago, apedreado a veces. Entonces empieza la conversión del barón Antoine d'Avully, presidente del Consistorio de Thonon, que se completará algo más tarde, y del abogado Pierre Poncet. La de Poncet se promete en firme en 15 de abril y tiene lugar el 20. La impresión es muy grande, y prepara la del primer grupo. Hasta entonces se hacía correr la voz de que el Duque no apoyaba al Santo en su misión. El 2 de julio comienza de nuevo una peregrinación al monte Voirons, donde había una ermita profanada de la Virgen. Se juntaron muchos, hasta algunos protestantes.

El 21 de julio escribe a San Pedro Canisio, retirado en Friburgo, que había convertido hasta entonces ocho, y que había predicado dos veces cada domingo y públicamente en la iglesia.

Pronto siguieron otras siete conversiones. Corrían rumores de conversiones célebres en Francia y otras naciones, que influyeron también en Saboya, porque Sales, entre otros, los utilizaba, como la de Jean de Sponde [Ezponda] de Mauleón en Soule [Zuberoa],

⁴ Ibid., p. 344.

⁵ Ibid., p. 345.

⁶ Ibid., p. 347.

quien explicó los motivos de su conversión en un libro utilizado por nuestro misionero.

Comienzan a venir auxilios de personal. Su primo Luis, y algunos otros de Annecy, por temporadas. El Consejo se va haciendo más tolerante y Sales consigue hacerse oír. El 17 de septiembre de 1595, el mismo domingo en que pronunció un sermón sobre la Eucaristía iniciando una serie sobre el tema, el Papa Clemente VIII había absuelto al rey de Francia Enrique IV, reconociendo su conversión. Gran efecto en todo el mundo de lengua francesa. Hacia diciembre de ese año habían vuelto a la Iglesia más de un centenar de personas en Thonon y sus inmediatos alrededores; otros hablan de más de 200, y calculan en 300 los que había repartidos entre los 25.000 protestantes al acabarse el año 1595.

¿APOYO DEL BRAZO SEGLAR?

Indudablemente que Francisco de Sales se sirvió de él, como todos en su tiempo, pero de forma mucho más suave, sin persecuciones ni violencias. Pedía únicamente que se cumplieran los tratados firmados en pro de la libertad de religión de los católicos. Nunca hará llamamiento alguno al brazo seglar para forzar a las almas en materia de fe y sacramentos, pero sí para deshacer la opresión de los habitantes del Chablais de parte de los protestantes contra la libertad de movimientos de los sacerdotes católicos. En aquel tiempo casi siempre él solo; a veces con su primo Luis, y en seguida con un par de Padres Capuchinos, especialmente el P. Cherubin.

Véase este párrafo del Santo, contestando al duque de Saboya, que pide informes. Le pide primero que le dé compañeros que se dediquen sólo a predicar la palabra al pueblo. Y añade: «A defecto de lo cual, he aquí el segundo año que se pasa desde que se comenzó a predicar aquí en Thonon, sin interrumpirlo jamás, con muy poco fruto, tanto porque los habitantes no han querido creer que se predicaba por encargo de Vuestra Alteza, no viéndonos sustentados sino día por día, como también porque no se ha podido atraer número suficiente de obreros para esta obra, por no tener dónde alojarlos ni cómo alimentarlos, ya que ni siquiera los gastos hechos hasta ahora han sido pagados.

»Y podrían bastar para esto las pensiones que se empleaban antes de la guerra en el sustento de más de 20 ministros hugonotes que predicaban en estos baylíos, si pluguiera a Vuestra Alteza mandar que se aplicaran con una pronta ejecución.

»Y sobre todo hay necesidad cuanto antes de erigir y adornar las iglesias de esta ciudad de Thonon y de la parroquia de los

Allinges, y alojar en ellas párrocos para la administración de los sacramentos, visto que en uno y en otro lugar hay ya un buen número de católicos y muchos otros bien dispuestos, que por falta de comodidad espiritual se van perdiendo.

»Pero se predicará en vano si los habitantes huyen la predicación y la conversación con los predicadores católicos, como lo han hecho hasta ahora en esta ciudad.

»Plegue a V. A. hacer escribir una carta a los síndicos y a uno de los señores senadores de Saboya, que venga aquí a convocar a los ciudadanos e invitarlos de parte de A. V. a oír, escudriñar y considerar de cerca las razones que los predicadores les proponen en favor de la Iglesia Católica, de cuyo seno fueron ellos arrancados sin razón por la sola fuerza de las armas.»

Como se ve, sólo pide libertad y que conste a los ciudadanos que pueden asistir a los sermones sin temor, pues S. A. lo ve bien.

Sólo al final pide, «en caso de obstinación, prive en forma de edictos, de todos los oficios de justicia y cargos públicos a los que persistan en el error». Si hoy llama esto la atención, hay que recordar que era muy suave al lado de lo que hacían unos y otros allí donde tenían poder para ello. Los protestantes habían aplicado criterios bastante duros durante los años que ocuparon aquel país.

De todos modos, esto servirá para situar al Santo en su tiempo y no pretender que tenga algunas reacciones modernas en esta parte. Aun así, veremos lo mucho que queda para su espíritu de suavidad y dulzura.

CONTINUA SU MISION (1596)

Hacia el fin de 1596 se lanza Sales a hablar en público en las calles. Fue una audacia, pero el paso estaba dado y la ciudad comienza a caer en la cuenta de que está deslizándose hacia el catolicismo. Sales propuso disputas teológicas públicas con los ministros protestantes. Estos lo aceptaron en principio, pero no se presentaron.

Se organizaron grandes catecismos de niños y adultos, utilizando el texto de Canisio, y se celebró el culto y la predicación cada vez mejor.

La gente se acostumbra a la visita de los predicadores. Todos saben que no les fatigarán con insultos o ataques contra Lutero o Calvino, aunque tampoco se pretenda excusarlos. No le gustaba a Sales emplear en ellos «las cuestiones de las contraversias, las sutilezas de los argumentos, sino que convenía los espíritus por la sencilla exposición de los misterios de nuestra fe», escribía el P. Filiberto de Bonneville. Su método era el del Areopagita, «que

nos enseña que para tratar útilmente con los herejes no hay que detenerse tanto en refutar sus errores y opiniones, unas tras otras, por argumentos, pues no se acaba jamás; y que de la disputa no se saca sino confusión; sino que hay que ingeniarse principalmente en descubrir y poner de relieve las verdades del Evangelio, visto que la verdad tiene esta fuerza por ella misma, que se hace conocer, amar y abrazar por el entendimiento cuando se la propone en su desnuda e ingenua simplicidad»⁷.

Se aduce como ejemplo el modo cómo convirtió a una que se oponía al celibato de los sacerdotes, arguyendo «ad hominem» o «ad mulierem». —Si a usted no le puedo atender en tantas cosas, ¿cómo viene a preguntar qué sucedería si tuviera yo mujer e hijos?— Eso la convenció y se convirtió⁸.

Escuchaba con una paciencia inalterable, respondiendo muchas veces a la misma pregunta o dificultades. Buscaba interesar a los jóvenes en las conferencias públicas, preparando a algunos de ellos (un sobrino suyo de 13 años, Bernardo, entre otros) para diálogos públicos.

El señor de Avully terminó de «convertirse» en 1596, fines del verano, después de numerosas consultas y controversias privadas, ya que los protestantes no se presentaron a las públicas. La abjuración fue en Turín. Era jefe del Consistorio. Siguieron otros señores y gente del pueblo.

La impresión fue tal, que el mismo Teodoro de Beza, jefe de Ginebra desde 1564, intentó tener controversias con Sales, aunque se creía que eran sólo palabras para asegurar a los suyos, o que lo haría por su lugarteniente el ministro La Faye. Como éste no viniera, Sales se introdujo él mismo en Ginebra, vestido de gentilhomme, y fue a su casa para la discusión religiosa, y se pensó hacerlo «incontinenti» en la plaza del Molard. Tenía Sales 29 años y Beza 76. Acude la gente, reconoce al sacerdote papista en Sales. El predicador calvinista, en aquel sitio público de las discusiones, trata de llevar a Sales por todos los campos de la discordia entre católicos y protestantes (unidad de la Iglesia, Eucaristía, buenas obras, purgatorio, misa, santos...). Sales contesta, y en una de éstas quiere preguntar a su vez; el ministro estalla en cólera y rompe así la discusión sin dar respuesta válida ni que satisficiera al señor de Avully, que estaba presente, pues había acompañado a Sales. Con ello volvió confirmado en su nueva religión.

Naturalmente, Sales predicaba con esta ocasión a los ginebrinos todos, que era su pretensión. Y había alguna mujer católica,

⁷ Ibid., p. 412.

⁸ Ibid., p. 413.

de sirvienta en un mesón, que empezó a ser dirigida del Santo, y sirvió mucho a los católicos y a Sales en lo sucesivo.

El movimiento de conversiones se aceleraba en Thonon y su comarca. Algunos pueblos en masa, como Allinges y Mesinges⁹, las primeras parroquias convertidas. Pero hubo dificultades, a veces miserables, para el servicio de estas parroquias y el modo de proveer a su subsistencia material y a la de los sacerdotes que vinieran a cuidarlas. Sales intervino con el Obispo, el Nuncio de S. S., la corte del Duque. Por un error que se puede ver explicado en Trochu¹⁰, algunos escritores calvinistas han acusado a Sales de incitar al Duque a tomar medidas de fuerza contra los protestantes, confundiendo un escrito del P. Cherubin, en forma de Memoria, para tratar con Su Santidad en un viaje que iba a hacer a Roma en 1597, y que lo realizó en efecto al año siguiente. Si Sales utilizó ese documento, que no consta directamente, lo sería con el Nuncio o con la Santa Sede, no con el Duque. Costó recuperar los edificios materiales de las parroquias. Fue un acontecimiento poder celebrar misa en San Hipólito de Thonon, que servía a los dos cultos, pero para los católicos al principio sólo para la predicación. Los neófitos llegaban a unos 700 u 800.

ENTREVISTAS CON TEODORO DE BEZA (1519-1605)

Fue un deseo del Papa Clemente VIII que Sales se entrevistara con Beza y procurara ganarle para la Iglesia, de la que había huído a los 21 años, para ir a Ginebra. Había estudiado en Orleans y Bourges, donde conoció las nuevas ideas por medio del alemán Melchor Wolmar, lo mismo que Calvino. Había participado en discusiones, predicaciones y polémicas en diversas partes y era en 1596 presidente de la Compañía de los Pastores. Entre otros libros suyos, se conoce el que lleva el título poco ecumenista de «*Traité de la sévérité des magistrats en la punition des hérétiques*», obra escrita con motivo de los incidentes de Servet¹¹.

Ha corrido la voz de que Beza piensa convertirse en su vejez; se enteró Clemente VIII, y también por medio del P. capuchino Esprit de Beaumes, de las conversiones que va obteniendo Sales y de sus cualidades para el trato con los herejes del lago de Lemán, y encomienda a nuestro misionero la tarea de entrevistarse con el jefe hugonote y sondear sus disposiciones. Es una empresa

⁹ Ibid., p. 429.

¹⁰ Ibid., pp. 435-6, nota 1.

¹¹ Título de la traducción francesa protestante de la obra *De haereticis a cicili magistratu puniendis*, París 1554.

en la que Roma pone mucho empeño, instando a Sales una y otra vez.

Este conoce la dificultad del empeño como nadie, pero procura satisfacer a sus superiores; estudia el asunto, se prepara con la oración, y a principios de enero de 1597 penetra en Ginebra utilizando un barco del lago, vestido de seglar y esta vez solo. Intentó entrevistar a Beza, pero éste se hallaba en compañía de otros; había que guardar el incógnito. Hizo otros varios viajes con el mismo resultado negativo, a veces por las tempestades del lago. De todos modos, reconfortó a algunos católicos ocultos.

Finalmente pudo tener su primer entrevista con el jefe ginebrino, durante la semana de pascua, yendo el 8 de abril a Ginebra y visitándole el 9, día en el que pudo encontrarlo solo. Acompañaba a Francisco su primo, el canónigo Luis, compañero de misiones. Escribiendo a S. S. el 21 de abril, brevemente, Sales nos dice: «En fin, yo me retiré después de haber tentado todos los medios de arrancarle la confesión de su pensamiento, después de emplear todos los argumentos posibles; entonces comprendí que había abordado a un *corazón de piedra*, inmovible hasta ahora, o por lo menos insuficientemente removido, quiero decir, un corazón *envejecido en el mal*». En pocas palabras más completa su impresión pesimista¹².

Reuniendo los detalles dados por el Santo en sus conversaciones y algunas cartas perdidas ya, y por lo que refieren sus parientes Luis, y Carlos Augusto (sobrino y sucesor suyo en la sede *annecyna*), se tiene la impresión de un tacto extraordinario del Santo, alabando a Beza por su erudición, lo bien que se conservaba, etc. Pero pronto entró en materia, como queriendo proponerle dudas de religión, a él que tenía tanta autoridad en aquellas regiones. Mas le hizo notar que no venía en plan de ataque, ni de querrela, sino de intercambio amigable de impresiones religiosas.

Sales le preguntó sencillamente: «Señor, ¿puede uno salvarse en la Iglesia romana?» Beza quedó sorprendido. Esperó algún tiempo. «Permitidme que piense un poco más profundamente antes de responderos». «Muy bien». Y se puso Sales a hojear un libro nuevo que estaba sobre la mesa, mientras que Beza entraba en otro aposento. Oró Sales y dio gracias a Dios de estar en la verdadera Iglesia. Por fin apareció Beza después de un cuarto de hora, pálido y pensativo. Según Carlos Augusto, dijo: «Señor, quiero abrir mi corazón con la misma franqueza con que me habéis abierto el vuestro. Me habéis preguntado si uno puede salvarse en la Iglesia romana. Ciertamente os respondo afirmativa-

¹² Ibid., p. 459.

mente; así es sin duda, y no puede negarse con verdad que ella no sea la Madre-Iglesia». Recordemos que lo mismo dijeron a Enrique IV, Rotan y Morlas, dos ministros calvinistas, poco antes de la conversión del rey francés.

Se debió sorprender al responderle Sales: «Si es así y que la salvación eterna está en la Iglesia romana, ¿por qué ha plantado usted esta pretendida Reforma (tomemos ejemplo de Francia) con tantas guerras, saqueos, ruinas, incendios, sediciones, rapiñas, muertes, destrucciones de templos y otros males innumerables»?¹³.

Ese debe ser el resumen de una conversación amplia, y más matizada. La respuesta fue que la Iglesia romana dificultaba la salvación con las buenas obras, ceremonias, etc., mientras que ellos procuraban que fuera con más facilidad, sin obras buenas, que están bien, pero no son necesarias. Sales sacó unos cuantos textos del Evangelio sobre esta cuestión. Entonces parece que Beza se picó e indignó un poco. Sales terminó diciendo: «Señor, yo no he venido aquí a molestaros, no lo quiera Dios. He venido sólo a conferir con usted unos cuantos puntos de controversia y exponeros con franqueza y a la buena de Dios mis pequeñas objeciones. Y me alegraba de conocer vuestra opinión sobre ellas. Pero como veo que os he molestado, os ruego que me excuséis. No volverá a suceder esto por mi culpa y no volveré a tratar materia de controversia con usted»¹⁴. Con esto mejoró la entrevista y se despidieron en términos más corteses. Estuvieron juntos unas tres horas. Los íntimos del jefe empezaban a removerse. Pero no pasó nada. Repartió luego Sales tranquilamente la comunión pascual a los seis católicos conocidos de él en la ciudad y se volvió. Al salir de la ciudad, Sales sollozaba. Recordaba a Jesús ante Jerusalén. Pero también que era necesario llevar a cabo entre los católicos la reforma verdadera, para quitar pretexto y ocasión a los novadores, como volvió a insistir al Nuncio aquellos mismos días, desde el 11 de abril, día siguiente a su salida de Ginebra.

El 23 de junio de 1597 recibía un breve de Clemente VIII rogándole que no dejara el asunto de la «coveja perdida». Volvió a la ciudad, esta vez con un seglar, el senador Antonio Favre. Acogida amable. Como Sales viera allí grandes libros, preguntó que cuáles eran, y el señalado era uno de San Agustín. Y se metieron en una cuestión sobre cómo entenderle en la justificación. Y la pregunta se imponía: ¿dónde salvarse? Volvió Beza a admitir la salvación en la Iglesia romana. Sales recurrió a los Santos Padres, a las Escrituras. George Rolland, el acompañante de Sales casi siempre, oyó desde la antecámara que Beza decía a Sales:

¹³ Ibid., p. 463.

¹⁴ Ibid., p. 466.

«En cuanto a mí, yo ruego a Dios todos los días que si no estoy en el buen camino, por su misericordia le plazca volverme a él»¹⁵. Sales, hablando al salir con Favre sobre la misericordia divina, creía sin embargo que sería muy difícil la conversión de Beza: «Temo que sea un hijo de la muerte», terminó.

Corrieron rumores en Roma de que Beza se preparaba para volver al catolicismo; el Papa le ofrecía una pensión anual de 2.000 escudos de oro. Se instaba otra vez a Sales. Hubo tercera entrevista, y parece que dio alguna palabra «de buena esperanza», según Rolland. Pero Beza siguió en el calvinismo hasta su muerte el 23 de octubre de 1605, a los 86 años.

OTRAS PERIPECIAS

La obra misional continuaba en el Chablais. Se intensificaban los movimientos de vuelta a la Iglesia. Llegaban algunos cooperadores. Se convirtió Pierre Fournier, consejero y antiguo síndico de Thonon. Ese día se les apedreó en la calle. Su paciencia calmó a los atacantes.

Cada vez más se daba cuenta Sales del influjo de la bondad en las relaciones con los calvinistas. Afirmando fuertemente sus convicciones en sus sermones, sin embargo llamaba a sus adversarios «hermanos separados» y a sus predicadores: «nuestros señores adversarios». Hasta le acusaron algunos, lejos de Thonon, de que no tenía fuertes invectivas contra ellos. Sales respondió que la experiencia le enseñaba lo contrario. «Os aseguro que jamás he usado de invectivas y reproches sin que haya tenido que arrepentirme de ello. Hay que tener como máxima muy cierta que los hombres hacen más por amor y caridad que por severidad y rigor»¹⁶.

Durante el mes de junio de ese 1597, se trata entre el Obispo y el Duque de nombrar a Sales coadjutor del obispo de Ginebra, nombramiento del que da cuenta al Obispo el Duque el 29 de agosto. Por diversos motivos las cosas se fueron retrasando; el Santo volvió a Roma, donde estuvo algún tiempo, y aunque luego actuó como coadjutor del Obispo, de hecho siguió ocupándose de su misión casi como antes. Por lo demás, no será consagrado obispo hasta la muerte de Mons. Granier.

La procesión de Thonon hasta Annemasse (30 kilómetros), rozando las fronteras ginebrinas; las 40 horas y otra serie de actos de piedad caminando a largas distancias, van influyendo en la

¹⁵ *Ibid.*, p. 488.

¹⁶ *Ibid.*, p. 494.

conversión de los separados o en el afianzamiento de los católicos. Hubo verdaderas masas de peregrinos. Los protestantes *protestan* de todo esto, pero son cada vez menos fuertes. Los Capuchinos se mostraban algo más impetuosos que el suave Sales. Hubo escenas de sainete en el ayuntamiento y en la torre sobre la gran campana de la iglesia de San Hipólito, que utilizaban los católicos.

Desde el tratado de Vervins, 1598, en que se reconocía el Chablais a Saboya, el triunfo de los católicos se acelera en la región. Vuelven más sacerdotes, se recuperan parroquias. Las 40 Horas de Thonon en 1598 fueron solemnísimas. Los 12 secretarios designados por el obispado para hacer la inscripción de los nuevos convertidos, se vieron forzados a escribir en adelante solamente el nombre del jefe de la familia. En el Archivo Vaticano pueden leerse los nombres de 2.300 jefes de familia inscritos durante los tres días de gracia y en los siguientes, a fines de septiembre.

Desde 1598 la intervención del Duque en favor de los católicos es más manifiesta, y con ello el progreso de las actividades de Sales y sus colaboradores. A los berneses o a sus allegados se les van retirando unos privilegios que ya no tienen razón de ser, y que además habían sido abolidos o disminuidos en el tratado de Nyon.

EL EPISODIO DEL 6 DE OCTUBRE DE 1598

El país está en ebullición por el tratado de Vervins, que asegura al Duque la posesión del Chablais. Se trata del futuro inmediato del país, y el Duque está en él dando órdenes perentorias. El 3 de octubre llegan unos enviados de Berna, que solicitan permiso para que queden tres ministros protestantes, conforme al tratado de Nyon. Sales no creía que esa cláusula siguiera vigente. Hubo diversas reuniones. El Duque aceptaba que quedaran los tres ministros, con tal de que le permitieran a él enviar tres sacerdotes católicos a Berna, cosa que no admitieron sus delegados.

El 6 de octubre el Príncipe convoca en el ayuntamiento a los obispos de Ginebra y de San Pablo, al preboste y al P. Cherubin. Viene cierto número de delegados con los berneses. El Príncipe recuerda su actitud en materia religiosa e insinúa una actitud más intransigente en lo futuro. Sales y otros consejeros, la mayoría, se inclinaban a la suavidad, pero venció Jean-François Berliet, presidente de la Cámara de Cuentas, que preconizaba la intransigencia. El Duque Carlos Manuel dijo: «Hagan sitio en medio. Los que son nuestros o que desean serlo, vengan a mi derecha; los que son y quieren permanecer herejes, que pasen a mi izquierda».

Bastantes calvinistas se pasaron a la derecha, pero otros se resistieron y unos 30 se pusieron a la izquierda. En este momento decisivo, Sales se adelanta y llevado de su propio impulso les dice a los 30 calvinistas que el Duque no pensaba en que dieran una adhesión inmediata al credo católico, sino el consentimiento a dejarse instruir. Los dos obispos parece que hablaron en el mismo sentido. De los 30 a 35 que quedaron a la izquierda, menos de 10 persistieron, después de esta advertencia, en su puesto. El Duque les ordenó salir del Estado en tres días. Los berneses estaban también furiosos. Pero la aplicación fue más benigna que la sentencia. La mayoría de los señores se marcharon; pero de aquella decena, cuatro volverán luego ganados por Sales y se convertirán, siendo ya obispo el misionero. Durante cinco semanas, el Duque recorrió el país, animando al cumplimiento de sus proyectos. En cambio, recibió la mala noticia de que, contra lo que se preveía y sin derecho, la ciudad de Ginebra, que él esperaba recuperar, iba a beneficiarse del tratado de paz, por obra de Enrique IV, quedando comprendida en ella, siendo así que no se la nombraba en el texto.

El 12 de noviembre el soberano firmaba un decreto por el que se quería asegurar la unidad católica del Chablais. En una memoria del año siguiente, Sales habla de que en el Ternier y Chablais había 12.000 convertidos, de los que 1.000 desde las últimas pascuas (abril a agosto). Pero hubo que arreglar muchísimas cuestiones enojosas de todo orden.

Sales comienza a darse a conocer como escritor. En 1600 publica su «Defensa del estandarte de la Santa Cruz de nuestro salvador Jesucristo», contra La Faye, con un poco más de ironías e indignación, al considerarse situado en el puesto avanzado del catolicismo enfrente de Ginebra, pero también con acentos de suavidad.

Con motivo de los cambios territoriales de 1601 entre Enrique IV y el Duque, éste recibió las ocho parroquias de la castellanía de Gaillard, donde comenzó en seguida un proceso parecido al del Chablais, y donde Sales intervino como coadjutor y misionero.

El mismo problema y por el mismo motivo se presenta en el territorio de Gex, entre Ginebra y el Jura, que el Duque ha tenido que ceder a Francia, pero que permanece bajo el obispado de Annecy (o de Ginebra oficialmente aún). Los hugonotes lo habían «reformado» a su gusto. Antes de su invasión tenía dos prioratos, 42 parroquias, 10 capillas rurales y de 50 a 60 eclesiásticos. Al pasar a Francia, los reformados tenían 23 templos y los católicos ninguno. Con la protección de Enrique IV comenzó en ese país el mismo apostolado que en el Chablais, con el mis-

mo resultado, aunque Sales trabajó en ello principalmente como obispo de Ginebra, cosa que hizo que intensificara sus relaciones con París y en general con Francia. Sus resoluciones no siempre serán del todo conformes al actual espíritu ecuménico, pues se partía de la base del poder de los soberanos católicos para restablecer el culto que, también a la fuerza, había sido desarraigado por los protestantes.

Pero su tono era suave: Podía escribir en 1602 y del sermón entonces predicado en París: «Mirad; este sermón, que no fue contra la herejía, respiraba sin embargo contra la herejía, porque Dios me dio entonces este espíritu en favor de las almas. Desde entonces, he dicho que todo el que predica con amor, predica bastante contra los herejes, aunque no diga ni una sola palabra contra ellos»¹⁷.

El 25 de mayo de 1602, el obispo Mons. Granier celebró en Thonon el jubileo secular. Sales se hallaba retenido por los negocios de Gex. Hubo miles de peregrinos en Thonon (se habla de que pasaron de 300.000). Varios predicadores calvinistas y más de 300 personas abjuraron sus errores, incluso algunos sacerdotes apóstatas. Fue el último triunfo de este obispo. El 17 de septiembre de 1602 murió en Annecy. Era el momento escogido por la Providencia para entronizar a Francisco de Sales como sucesor suyo en aquella sede. El 8 de diciembre de aquel año era consagrado como obispo de Ginebra en su catedral provisional, y comenzaba su gran etapa de Pastor, escritor y guía de almas, sin olvidar su misión de restaurador de la Iglesia en los territorios que la herejía había invadido en su diócesis los decenios anteriores. Entonces se fijaron en sus líneas generales las posiciones religiosas que aún duran hoy día, con las inevitables mudanzas que impone el actual estado de cosas.

EL OBISPO (1602-1622)

Podemos suponer que durante su episcopado intentaría Sales proveer aquellas cosas que más había echado de menos durante su misión directa entre los protestantes, y eso es lo que llevó a cabo, consiguiendo restablecer del todo la vida parroquial, llevar algunos religiosos a veces sólo ocasionalmente al Chablais, arreglar las cuestiones económicas, que en país entonces más bien pobre, dificultaban las obras religiosas y benéficas.

Pero siguió también en muchas ocasiones como misionero, con el prestigio que le daba su cargo, actuando en sermones, conversaciones, hasta controversias, especialmente en el territorio de Gex.

¹⁷ Ibid., p. 651.

En 1603, estando en el pueblo de Gex, un tal «M. Desprez, hereje» (así le presenta el cronista del suceso, François Favre) quiso tener una controversia con el obispo. Asistió el duque de Bellegarde, gobernador entonces, con los gentilhombres de su escolta, entre los que había dos calvinistas, MM. de Marçueron y de Vanydemer, que ya tocados por lo que estaban viendo del obispo, se resolvieron a convertirse con esta disputa. Otros varios siguieron su ejemplo en Gex aquellos días.

Al escribir a Clemente VIII el 15 de noviembre de 1603 acerca del estado de la diócesis, Sales podía escribir sobre el Chablais: «Hace 12 años en 64 parroquias, vecinas a Ginebra, y por decirlo así, bajo sus muros, la herejía ocupaba las cátedras [púlpitos] públicas. Lo había invadido todo; a la religión católica no le quedaba sino una pulgada de terreno.

»Ahora bien, en la misma región hoy, la Iglesia extiende su frondosidad por todas partes, con ramas tan vigorosas que la herejía no se encontraría con 100 herejes... Por todas partes se celebran y frecuentan los misterios de nuestra fe»¹⁸.

Entre 1602 y 1603, el rey Enrique IV de Francia trató de ser benigno con los protestantes de Gex, sin urgir ciertos decretos de devolución de bienes, templos, etc., del Clero. Y con ello cobraron fuerza, de modo que en marzo de 1604 parecía que había que recomenzarlo todo. Pero Sales supo negociar entre los gobernadores y la corte, y las cosas quedaron mejor entabladas.

El influjo del obispo y de sus auxiliares se extendió a Ginebra misma. Como en la ciudad propia se hubiera hecho más difícil la residencia a los católicos, desde el fallido intento del Duque de Saboya en diciembre de 1602, los que decidían convertirse se alejaban de ella, y así se dice que en 1605 se habían retirado por este motivo unas 200 familias de Ginebra, para poder hacerse católicas¹⁹. Esto motivó cierta efervescencia. Hablaron los ministros de confundir a los católicos en discusiones públicas, que Sales aceptó si se celebraban en condiciones aceptables [*raisonnables, sortable et légitimes*, dice él el 6 mayo de 1605, aceptando el desafío]²⁰. No se aceptó. Sales se dirigió al Clero de Francia, que iba a celebrar una de sus reuniones decenales, pidiendo su intervención, para que se concediera a Gex la misma libertad religiosa que al resto de Francia. Pero Enrique IV no quiso tocar este punto, y hasta 1612, dos años después de su muerte, no se puso remedio al territorio de Gex.

¹⁸ Ibid., vol. II, p. 18.

¹⁹ Ibid., p. 198.

²⁰ Ibid., p. 199.

En 1609 se contaban algunas conversiones en este país, durante la visita del obispo²¹. En 1612, cuando la regente María de Médicis otorgaba al obispo la restitución de 15 iglesias, con tratos para obtener lo mismo con otras cuatro o cinco, Sales escribió a la reina: «Dios eterno quiera establecer el reino del Rey vuestro hijo [Luis XIII, menor de edad], ya que Vos tenéis tanto cuidado del restablecimiento del de su Hijo, Rey de reyes; Dios colme de sus bendiciones su real persona, porque por medio de la autoridad que El os ha dado, hacéis bendecir su santo nombre en tantos sitios en los que estaba profanado» (carta de ag. 1612)²².

En 1616 predicó varias veces en Grenoble, obteniendo varias conversiones durante el adviento, lo mismo que otras en diversas partes, y fue preparando la del mariscal de Lesdiguières, gobernador del Delfinado y jefe principal de los protestantes franceses durante aquellos años. Abjuró el 24 de julio de 1622, a los 79 años, dos meses antes de la muerte de Sales.

Terminemos con la colaboración prestada por Sales al «Codex Fabrianus» o «Code Savoisien», que preparaba el senador Antoine Favre en latín, como un comentario del derecho local. Quería que se abriera el libro con un capítulo de controversia, sobre la herejía y su permisión o no: «De la souveraine Trinité et de la Foi catholique: que personne ne doit se permettre d'en discuter en public». Sales nunca pudo terminar de retocar este capítulo, y su amigo parece que introdujo algunos cambios a su gusto. Sales comienza así, según ese texto:

«El siglo pasado se escapó del infierno una raza de hombres, de la que no sé si es más digna de horror que de compasión. Abandonando la unidad de la religión cristiana y de nuestra santa fe católica, y por una justa consecuencia, la verdad, introdujeron por todas partes nuevos dogmas y nuevas herejías, pero sacadas en gran parte de antiguos errores ya condenados. Se dividieron en tantas sectas casi como jefes tuvieron... Parecidos a las zorras de Sansón, cuyas cabezas separadas se movían cada una de su lado, pero que todas tenían sus colas unidas, tuvieron entre sí un lazo común: el de llevar el incendio al seno de la Iglesia Romana y de destruirla, si hubiera sido suficiente para ello el quererlo»²³.

Las frases no parecen corregidas por el Santo. A propósito de las obras de Lutero dice, que si se suprimieran de ellas las injurias, se reducirían fácilmente a uno solo los ocho volúmenes de sus escritos. Trata con cierta dureza al heresiarca, de quien brotó todo esto.

²¹ Ibid., p. 388.

²² Ibid., p. 563.

²³ Ibid., p. 169.

Durante su episcopado escribió sus obras principales, en especial la *Introducción a la Vida devota*. Pero pensó también en un librito acerca del Amor de Dios, y hablando de los materiales que tenía reunidos para enseñar la predicación evangélica a los novales, dice que deseaba hacer seguir a este tratadito, un «método para convertir los herejes por la santa predicación»²⁴.

Sin embargo, el rasgo característico del Santo en esto como en todo su trato, fue el de la suavidad y dulzura:

«Yo digo bien claramente y sin excepción, no os encolericéis nada, si es posible, y no recojáis ningún pretexto, sea el que fuere, para abrir la puerta de vuestro corazón a la cólera...

»Es mejor emprender el saber vivir sin cólera, que querer usar moderada y prudentemente de la misma; y cuando por imperfección o por debilidad nos vemos sorprendidos por ella, vale más rechazarla pronto que querer regatear con ella; porque, a poco que se la deje, se apodera de la plaza, y hace como la serpiente, que saca fácilmente todo su cuerpo allí donde puede meter su cabeza.»

Y da consejos y ejemplos sobre el modo de reaccionar en tales casos. Es una virtud y una cualidad que todos recuerdan en el santo de Annecy. Sin duda que era una de sus características más destacadas.

Sintetizando, vemos que Sales se vio introducido por las circunstancias en la campaña de restauración del catolicismo en el Chablais, en el país de Gex y en general en los alrededores de lengua francesa de Saboya. Su carácter y su propia experiencia le empujaron por los caminos de la suavidad en el trato con los protestantes, confesando muchas veces que había conseguido más con la dulzura que con todos los otros medios; que nunca le había pesado de haberse mostrado dulce y condescendiente, y al revés cuando se le fue alguna vez la mano. Dio muestras más que suficientes de amar a los «hermanos separados», como ya los llamaba así, y procurar extender su método de bondad.

Pero no es aún el ecumenista de nuestros días. La lucha continuaba. Sus primeros años de ministerio coinciden con las últimas guerras de religión en Francia, en las que se veía envuelta Saboya. La vecindad suiza, con las incursiones de los berneses por el Chablais y otras zonas fronterizas, hacía que los católicos respondieran también por las armas, y que los conflictos se envenenaran. Acudía a la legislación del tiempo en favor de la religión, pero sin entrar en conversiones más o menos forzosas. Por eso su testimonio hay que utilizarlo con cierta precaución y cuidado de

²⁴ *Ibid.*, p. 321.

exponer las circunstancias reales y los juicios doctrinales o personales de sus contemporáneos.

Con todo esto, es de los que comienzan a hacer posible el diálogo con los protestantes. El celebró entrevistas con varios jefes; convirtió a algunos de ellos y se hizo respetar de otros. Pero jamás pensó entrar en las vías del falso irenismo. El dogma salía siempre íntegro de sus conversaciones, sermones, controversias. Sin embargo, procuraba hacerlo con cuidado de no herir inútilmente y comprender al adversario.

Por todo ello se le puede presentar como un verdadero modelo, o precursor destacado, de lo que son hoy las campañas ecumenistas.

LEÓN LOPETEGUI, S.J.

Facultad de Teología de Deusto (Bilbao).